

de la República, veamos primeramente qué es esto de que vamos á ocuparnos.

Habiendo asentido Lelio, continuó diciendo

SCIPIÓN.—No intento, al tratar de cosa tan ilustre y conocida, remontar á los primeros orígenes, como suelen hacer los hombres doctos (1), ni tomar el punto de partida de la primera unión del hombre con la mujer, de los primeros lazos de la sangre, ni de los diferentes grados de parentesco que sobrevinieron después; tampoco quiero definir repetidas veces cada palabra y explicar lo que significa; sé que hablo á hombres ilustrados, que en la república más poderosa han dirigido gloriosamente los asuntos militares y civiles, y no quiero correr el riesgo de darles explicaciones más oscuras que la cosa misma que intento explicar; tampoco voy á dar una lección á manera de maestro en la que no quede omitido nada, ni os prometo decirlo todo ni olvidar el detalle más pequeño.

LELIO.—Ese orden en el discurso es el que espero de tí.

SCIPIÓN.—Así, pues, república es cosa del pueblo; pueblo no es toda reunión de hombres congregados de cualquiera manera, sino sociedad formada bajo la garantía de las leyes y con objeto de utilidad común. Impulsa á los hombres á reunirse no tanto su debilidad, como la necesidad imperiosa de asociación; no

---

(1) Cicerón quiere designar más especialmente á Aristóteles.

ha nacido el hombre para vivir aislado, solitario y errante, sino que su naturaleza le lleva, aun en medio de la afluencia de todos los bienes. ...

*(Faltan dos páginas.)* (1).

¿Qué es la cosa pública sino cosa del pueblo? Es, pues, cosa común la de la ciudad. Pero ¿qué es la ciudad sino multitud de hombres reunidos en un mismo cuerpo y viviendo de vida común? Por esta razón se lee en los políticos romanos: «Una multitud de hombres errantes y dispersos se une por la concordia y viene á ser ciudad.» (San Agustín, Ep. 138.)

De diferentes maneras se ha explicado el origen de las sociedades. Dicen algunos que los primeros hombres que habitaron la tierra tenían vida errante en bosques y campos; carecían de lenguaje para entenderse mutuamente y de leyes para respetarse; ramaje de árboles y hierbas de los prados les servían de lecho; las cavernas y los antros, de morada; en este estado eran víctimas de los animales más fuertes que ellos. Los que pudieron escapar de sus mortíferas garras, ó bien los que vieron perecer á su lado algunos semejantes suyos, conociendo el propio peligro, se

---

(1) Muy sensible es esta laguna que nos hace perder un precioso corolario en que Cicerón establecía sin duda la fuerza de este instinto social, que Rousseau solamente pudo combatir con sofismas en el discurso sobre la *Desigualdad de las condiciones*.

refugiaron junto á otros hombres, imploraron su socorro y les hicieron comprender por medio de gesticulaciones lo que de su auxilio esperaban: inventáronse poco á poco los primeros elementos del lenguaje, y se dió nombre á cada cosa: insensiblemente se perfeccionaron los idiomas. Muy pronto comprendieron los hombres que reunidos en grupos no estaban bastante protegidos aún contra las fieras, y se refugiaron entonces detrás de parapetos que les ofrecían seguros asilos durante las noches, y les permitieron rechazar sin combate los ataques de las bestias. Otros filósofos han considerado con mucha razón estos sistemas como visiones quiméricas, y han enseñado que no á los ataques de las fieras, sino á la misma naturaleza humana debía atribuirse la formación de las sociedades; que los hombres se han reunido porque tienen naturalmente horror á la soledad y necesidad de verse reunidos á sus semejantes. (Lactancio, *Instit.*, lib. 1. IV.)

..... como gérmenes; porque ni las otras virtudes ni la República descansa en simples convenios. Las diferentes congregaciones formadas á merced del impulso natural de que he hablado, establecieron primeramente su morada en paraje determinado, paraje fortificado naturalmente y por la mano del hombre, que encerraba todas las casas, templos y plazas públicas, recibiendo el conjunto el nombre de fortaleza ó ciudad. Ahora bien; todo pueblo ó toda reunión establecida bajo estos principios que acabo de ex-

poner; toda ciudad, es decir, toda constitución de un pueblo, toda república, que, como ya he dicho, es cosa del pueblo, necesita para no desaparecer que sea gobernada con inteligencia y con autoridad. Esta autoridad debe ante todo estar en relación con el principio mismo que ha producido la ciudad. La autoridad puede ejercerse por uno solo, por algunos hombres escogidos ó por la muchedumbre misma. Cuando el gobierno de todas las cosas está en manos de uno solo, este señor único toma el nombre de rey, y esta forma de gobierno se llama monarquía. Cuando la dirección la ejercen algunos hombres escogidos, el gobierno es aristocrático. Gobierno popular (así se le llama) es aquel en que el pueblo lo dispone todo. Cualesquiera de estos tres géneros de gobierno puede, con tal de que mantenga en todo su vigor el lazo que han formado las sociedades humanas, ser, no diré perfecto y excelente, sino tolerable, y, según las circunstancias, preferible la una á la otra. Un rey justo y sabio, un conjunto de ciudadanos escogidos, el pueblo mismo (aunque el gobierno popular es el más peligroso), si no les ciegan la iniquidad y las pasiones, pueden establecer un estado de cosas bastante regular.

Pero en la monarquía, todos, exceptuando el monarca, carecen casi por completo de derechos y participación en los negocios públicos; en el gobierno aristocrático apenas tiene libertad el pueblo, puesto que no interviene en los consejos ni ejerce poder al-

guno; y en el estado popular, aunque se le suponga todo lo justo y moderado posible, la igualdad absoluta es una iniquidad, puesto que no reconoce distinción de mérito. Así, pues, aunque Ciro de Persia fuese rey justo y sapientísimo, no me parece muy buena su república (así he definido la cosa del pueblo) por depender del imperio absoluto de un solo hombre. Si se me cita á los Marselleses (1), nuestros clientes, gobernados con la mayor equidad por algunos ciudadanos escogidos que tienen omnimoda autoridad, encuentro en el estado del pueblo, sometido á tales señores, cierta manera de servidumbre. En fin, cuando en cierta época suprimieron los Atenienses el Areópago, y no quisieron reconocer otra autoridad que la del pueblo y sus decretos, habiendo desaparecido los diferentes grados y honores, la ciudad perdió su principal ornamento.

Al hablar así de estas tres formas de gobierno, no me refiero á pueblos perturbados y divididos, sino á los que permanecen en situación normal. En cualquiera de las tres formas de gobierno, encontramos en primer lugar los inconvenientes que antes mencioné; pero pueden hallarse además otros gérmenes de ruina, estando cualquiera de estos gobiernos muy cerca de convertirse en calamidad insoportable. Al

---

(1) Marsella había conservado siempre con Roma estrechas relaciones de amistad. Valerio Máximo dice de los Marselleses: «Notables por su amor al pueblo romano.»

recuerdo de Ciro, rey que llamaría tolerable, pero que si queréis llamaré digno de amor, sucede en mi mente el de Falaris, monstruo de crueldad, y comprendo que la dominación absoluta de uno solo corre por resbaladiza pendiente hacia la tiranía. Al lado del gobierno aristocrático de Marsella (1), nos presenta Atenas la facción de los treinta. Y por no citar otros ejemplos, entre los mismos Atenienses la dominación del pueblo ofrece el triste espectáculo de una multitud desenfrenada, que comete los mayores excesos.....

*(Faltan dos páginas.)* (2).

..... de la confusión resulta el poder de los grandes, ó una oligarquía facciosa, ó la monarquía y con mucha frecuencia el gobierno popular, dando lugar éste á su vez á algunos de los que he mencionado, porque parece que las repúblicas giran en un círculo fatal de cambios y mudanzas. Al sabio toca conocerlos, mas el que prevé los acontecimientos y tiene fuerza para luchar con ellos, para detenerlos ó encau-

---

(1) Los jefes de Marsella eran en número de quince. César fué nombrado con Pompeyo patrono de Marsella.

(2) Esta última frase, mutilada también en el texto, deja sin embargo percibir el sentido, que no es dudoso: el hilo de este bello desenvolvimiento llena las dos páginas que faltan á continuación. Cicerón expondría sin duda en ellas, con admirable precisión y con la prudencia que dicta la imparcialidad, las ventajas é inconvenientes de cada forma de gobierno.

zarlos, merece se le contemple como gran ciudadano, y casi como un Dios. Esto me hace considerar como la mejor forma de gobierno aquella que se establece con la reunión de las tres que antes mencionamos, moderándose y templándose recíprocamente.

LELIO. Sé que así piensas, oh Africano (1), porque te lo he oído decir con frecuencia; sin embargo, si no te es molesto, quisiera saber cuál de las tres formas de gobierno te parece mejor. Esto puede servir para el conocimiento.....

*(Faltan dos páginas.)*

..... cualquiera forma de república es como el carácter y voluntad del que la rige (2). Así es que solamente en aquellas sociedades en que el gobierno existe en el pueblo, se encuentra libertad; la libertad que es el mejor de los bienes, y que si no es igual para todos, no es libertad. ¿Y cómo encontrar igual-

---

(1) Debe suponerse por estas palabras que Cicerón, atribuyendo al Africano preferencia por un gobierno mixto y un poder moderador, seguía una tradición conocida. No debe olvidarse por otra parte que á los ojos de Marco Tulio este poder moderador existía en el Senado, y que por lo mismo Scipión no deseaba tanto un cambio político como el regreso á la antigua constitución de Roma, es decir, la preeminencia del consulado y de la aristocracia.

(2) Compréndese por las páginas siguientes, que Scipión ha tomado la palabra, y que no expone su opinión personal, sino las objeciones de los partidarios de la democracia extrema.

dad, no diré ya en una monarquía en la que la servidumbre aparece clara y manifiesta, sino en aquellos Estados en que los ciudadanos solamente tienen el nombre de libres? Emiten sus votos, nombran generales, magistrados; se les solicita, se les ruega, pero es indispensable que á gusto ó á disgusto otorguen sus favores; lo que hacen tienen que hacerlo y no les pertenece, porque están excluidos del mando, de la autoridad pública, de la discusión de todos los asuntos importantes, siendo los cargos elevados privilegio exclusivo de la antigüedad de las familias ó de las riquezas. Mas en los pueblos libres como Rodas no hay ningún ciudadano que.....

*(Faltan dos páginas.)* (1).

..... si en un pueblo se alzan uno ó muchos ricos y opulentos, muy pronto, según dicen éstos, su orgullo y pretensiones dan lugar al nacimiento de privilegios que reconocen los tímidos y débiles que se humillan ante la soberbia de los ricos. Añaden, que si el pueblo sabe conservar sus derechos, nada hay más glorioso, libre y afortunado, por que entonces es árbitro

---

(1) Las páginas que faltan debían contener la demostración de la idea simple y fecunda que hace consistir la perfección del orden público, no en una nivelación quimérica de rangos y de fortunas, no en el principio antisocial de las leyes agrarias, sino en la imparcialidad de la ley y en el goce común de todos los derechos civiles.



soberano de las leyes, de los juicios, de la guerra, de la paz, de las alianzas, de la vida y de la fortuna de cada cual. Este es, según aseguran, el único gobierno que merece el nombre de república, es decir, de cosa del pueblo. Y así es que muchas veces se ve al pueblo tratar de libertarse del poder de los reyes y de los patricios, mientras no hay ejemplo de que un pueblo libre haya recurrido á la monarquía ó al imperio y protección de los grandes. Aseguran que es injusto condenar en absoluto la causa popular con motivo de los desenfrenos de un pueblo, que nada hay más fuerte ni más inquebrantable que una república en que reina la concordia y en la que no domina otro deseo que el de mantener la libertad y el bienestar general; en fin, que la concordia es cosa muy fácil en una sociedad en que todos tienen igual interés, mientras que de la diversidad de intereses nace la discordia en todas partes. Así es que mientras ha gobernado la aristocracia no ha existido tranquilidad, encontrándose menos aún en la monarquía, que, como dijo Ennio,

no respeta sociedad ni ley.

Puesto que la ley es el lazo de la sociedad civil y el derecho que concede la ley es igual para todos, ¿qué derechos pueden existir en una sociedad cuyos miembros no son iguales? Si no se quiere establecer la igualdad de fortunas, si es imposible la de talentos, al menos debe establecerse la igualdad de dere-

chos entre todos los individuos de una misma república. ¿Qué es una sociedad sin igual participación en los derechos?.....

*(Faltan dos páginas.)*

Los que tales opiniones sostienen llegan hasta negar á las otras formas de gobierno el nombre que se atribuyen. ¿Por qué ha de llamarse rey, nombre propio de Júpiter óptimo (1), á un hombre ávido de gobernar y mandar solo á un pueblo oprimido? ¿No le conviene más el de tirano? El tirano puede ser clemente y el rey opresor; lo importante para los pueblos es servir á un señor clemente y no cruel, puesto que es imposible hacer que no sirva. ¿Cómo podía Lacedemonia, en la época misma en que pasaba por modelo de constitución política, tener siempre reyes buenos y justos, cuando necesariamente había de recibir como rey al heredero del rey? Y en cuanto á la aristocracia, ¿puede soportarse á unos hombres que se asignan este título por sí mismos y no por el consentimiento del pueblo? ¿Quién juzga la supremacía de este hombre en ciencia, ingenio, estudios?.....

*(Faltan cuatro páginas.)*

Si una sociedad elige al acaso los que han de regirla, parecerá tan pronto como la nave cuyo timón

---

(1) Los poetas añaden ordinariamente al nombre de Júpiter el título de rey. Así lo hace Virgilio, y Homero ofrece numerosos ejemplos de ello.

se entregue á un pasajero designado por la suerte. Un pueblo libre elegirá á aquel á quien quiere confiarse, y si atiende á sus verdaderos intereses, elegirá á los mejores ciudadanos, porque no puede dudarse que de sus consejos pende la salud de los Estados, y al designar la naturaleza á los más sabios y virtuosos para dirigir á los débiles ha inspirado al mismo tiempo á éstos el deseo de obedecer á los hombres superiores. Mas se pretende que la excelencia de esta forma de gobierno está desacreditada por las falsas opiniones del vulgo, que no sabe distinguir el verdadero mérito, tan raro quizá de descubrir como de poseer, y considera como los primeros á aquellos que poseen riquezas, poder ó nombre ilustre. Cuando este error del vulgo confiere al poder y no á la virtud este rango, estos jefes conservan obstinadamente el nombre de grandes, que en manera alguna les conviene, porque las riquezas, el esplendor del nombre, el poder sin la sabiduría que enseña á gobernarse á sí mismo y á dirigir á los demás, no son otra cosa que vergonzosa é insolente vanidad, ni puede haber espectáculo más triste que una sociedad en que se aprecia á los hombres en proporción de su riqueza ¿Qué puede haber más admirable que una república gobernada por la virtud, cuando el que manda á los demás no obedece á ninguna pasión, cuando no impone á sus conciudadanos ningún precepto que no observe él mismo, cuando no dicta al pueblo ley alguna á que el mismo no se obligue, y su conducta entera puede

presentarse como ejemplo á la sociedad que gobierna? Si un hombre solo pudiese atender á todo á la vez, sería inútil el concurso de otros; si un pueblo entero pudiese contemplar el bien y seguirlo de común acuerdo, no necesitaría elegir gobernantes. La dificultad de acertada determinación ha hecho pasar el poder del rey á los grandes; los errores y la temeridad de los pueblos lo han llevado de las manos de la multitud á las de corto número. Así, pues, entre la impotencia de uno solo y la ceguedad de la muchedumbre, la aristocracia ocupa el lugar intermedio, y por su posición misma ofrece garantías de moderación. Dirigiendo ésta la república, los pueblos deben gozar de la mayor felicidad posible y vivir sin inquietud ni agitaciones, puesto que han confiado su reposo á protectores cuyo primer deber es la vigilancia, y cuyo principal cuidado es no hacer comprender al pueblo que los grandes descuidan sus intereses. La igualdad de derechos, que tanto ambicionan los pueblos libres, es imposible conservarla: hasta los pueblos celosos de la libertad y los más enemigos de todo freno, conceden multitud de honores, y saben distinguir y clasificar el mérito. Además, la igualdad absoluta sería la mayor iniquidad. Si se coloca en la misma línea á los hombres más eminentes y á los más ínfimos que necesariamente existen en todo pueblo, á título de equidad, se comete la iniquidad más repugnante, cosa que no puede suceder en aquellas sociedades que se rigen por ciudadanos elegidos. He aquí, Lelio, lo que sobre

poco más ó menos dicen los partidarios de esta forma de república.

LELIO.—¿Y tú, Scipión, cuál de las tres clases de gobierno prefieres?

SCIPIÓN.—Con razón preguntas cuál prefiero, porque no apruebo ninguna de las tres separadamente, y considero superior á cualquiera de ellas la que nace de las tres reunidas. Mas si hubiera de elegir una de ellas, elegiría y alabaría la real. Parece que el título de rey tiene algo de paternal, expresando que vela sobre sus súbditos como sobre hijos, que protege á su pueblo con amor, antes que reduciéndolos á la esclavitud, de lo que resulta que los pequeños y débiles ganan en que les sostenga y guíe la vigilancia de este hombre tan bueno y poderoso. Aparecen en seguida los grandes, pretendiendo hacer lo mismo y mejor, y asegurando que existen más luces en una asamblea que en uno solo, ofreciendo á la vez igual equidad y buena fe. Viene después el pueblo gritando tumultuosamente que no quiere obedecer á un hombre solo ni á muchos; que ni para los mismos animales hay nada tan dulce como la libertad, y que ésta desaparece tanto bajo el imperio de un rey, como bajo la dominación de los grandes. Así, pues, los reyes nos ofrecen el amor paternal; los grandes, su sabio consejo; el pueblo, la libertad: comparando las tres cosas, es muy difícil la elección (1).

---

(1) Si causa admiración la fiel balanza con que

LELIO.—Lo creo como tú; pero no podrán resolverse las demás dificultades, si la primera queda sin resolver.

SCIPIÓN —Imitaré, pues, á Arato, que preparándose á tratar grandes cosas, creyó que debía comenzar por Júpiter.

Scipión, ó mejor dicho Marco Tulio, ciudadano de una república, pesa las formas de gobierno más opuestas, y la imparcialidad con que prefiere la monarquía, debemos recordar cuanto habían dicho los filósofos griegos en favor de esta forma de gobierno, en odio á la licencia popular. Tampoco debe olvidarse que Cicerón consideraba el consulado casi como dignidad regia temporal é ilimitada; que él mismo la había ejercido; que la presenta así en su tratado de las *Leyes*, y que en otra parte ha dicho: «nada popular me agradó jamás.» Necesario es recordar también que Scipión, aunque su templanza y virtudes le elevasen, le impidiesen tener el proyecto de esclavizar á sus conciudadanos, mostraba, sin embargo, en la digna conducta y en la distinción de sus costumbres cierta semejanza con el carácter suavemente imperioso y la seductora dominación de Pericles; que sobre todo odiaba las asambleas tumultuosas del pueblo, y que su gloria había recibido muchas veces insultos de las declamaciones de los tribunos. Sin duda murió con aborrecimiento al ejemplo que dió César un siglo después; pero acostumbrado al mando militar y adorado en los campamentos, soportaba la libertad del foro con la impaciencia natural al vencedor. La urbanidad y moderación que su carácter guerrero había aprendido de la filosofía griega, le alejaba más aún de los tumultos políticos en que la razón se veía tantas veces oprimida por las pasiones y la violencia. Finalmente, su lectura favorita era la *Cyropedia* de Jenofonte, obra inmortal, pero en la que se ve procede la felicidad del pueblo de las virtudes ideales y poder ilimitado de un hombre solo.

LELIO.—¿Por qué por Júpiter? ¿qué semejanza tiene su poema con nuestra conversación?

SCIPIÓN.—Una sola: que al comenzar nuestras investigaciones, debemos elevar nuestro pensamiento á aquel á quien todos, sabios é ignorantes, consideran como Rey de los Dioses y de los hombres.

LELIO.—¿Cómo!

SCIPIÓN.—Puedes juzgar por tí mismo. Ó los jefes de las naciones han propagado entre los pueblos, para atender á los intereses de la vida, la creencia de que existe en el cielo un rey supremo, que con su mirada, como dice Homero, conmueve todo el Olimpo, y al que se adora como soberano y padre de todos los seres; y si es así, vemos que la mayor parte de las naciones, por no decir todas, conviniendo con las miras de sus jefes, han reconocido con brillante testimonio la excelencia de la monarquía, puesto que concuerdan en creer que un rey solo y omnipotente gobierna todos los Dioses: ó si se pretende que esto es un error de los ignorantes que debe colocarse entre las fábulas, consultemos á los maestros más reverenciados de los hombres instruídos, á aquellos que, en cierta manera, vieron con sus propios ojos lo que nosotros apenas sabemos de oídas.

LELIO.—¿Quiénes son esos?

SCIPIÓN.—Aquellos que, por la observación de la naturaleza, comprendieron que una inteligencia gobierna el universo.....

*(Faltan cuatro páginas.)* (1).

....Pero si quieres, Lelio, te presentaré testigos que no son demasiado antiguos ni bárbaros.

LELIO.—Así lo deseo.

SCIPIÓN.—¿Sabes que no hace aún cuatrocientos años que no gobiernan reyes esta ciudad?

LELIO.—Menos en verdad.

SCIPIÓN.—¿Y qué son cuatrocientos años en la vida de una ciudad ó de un Estado?

LELIO.—Apenas la edad adulta.

SCIPIÓN.—¿Luego hace cuatrocientos años Roma tenía rey?

(1) Mgr. Angeló Mai cree que puede llenarse esta laguna con el siguiente pasaje de Lactancio, que parece reproduce la sustancia de estas páginas perdidas de Cicerón:

«Platón establece la monarquía, cuando declara que solamente existe un Dios creador y director del mundo, según las admirables reglas de la razón eterna. Su discípulo Aristóteles afirma que una inteligencia soberana y única gobierna al mundo. Antístenes dice que la naturaleza reconoce un solo Dios, regulador supremo de todo lo que existe. Inútil sería citar aquí lo que enseñan acerca de la divinidad Tales, Pitágoras y Anaxímenes, y mucho después de ellos los estoicos Cleanto, Crisipo, Zenón y el mismo Tulio, porque todos profesaban que el mundo está bajo el imperio de un solo Dios. Hermes, cuya virtud y vasta ciencia le merecieron el nombre de Trimegista, cuya doctrina remonta mucho más que los sistemas filosóficos más antiguos, y á quien los Egipcios reverencian como á una divinidad, dirige á Dios único y á su santa majestad alabanzas infinitas, le da el nombre de señor y padre.....»—(Lactancio, Ep. IV.)



LELIO.—Y hasta un rey soberbio.

SCIPIÓN.—¿Y antes?

LELIO.—Uno muy justo, y así sucesivamente hasta remontar á Rómulo, que reinaba seiscientos años ha.

SCIPIÓN.—¿El mismo Rómulo es muy antiguo?

LELIO.—No, porque en su época estaba ya muy cerca de la vejez la Grecia.

SCIPIÓN.—Y dime, ¿reinaba Rómulo sobre bárbaros?

LELIO.—Si, como dicen los Griegos, no hay más que Griegos y bárbaros, temo que fuese rey de bárbaros; pero si ha de juzgarse á un pueblo por sus costumbres y no por su lengua, no considero á los Griegos menos bárbaros que á los Romanos.

SCIPIÓN.—En el asunto de que nos ocupamos no buscamos el testimonio del pueblo, sino el de los hombres ilustrados. Si pues en tiempos no muy lejanos, hombres esclarecidos quisieron que les gobernasen reyes, he aquí los testigos que no son demasiado antiguos ni bárbaros.

LELIO.—Veo, Scipión, que no careces de testimonios; pero ante mí, como ante todo juez recto, las razones valen más que los testigos.

SCIPIÓN.—Pues bien, Lelio, emplea un argumento deducido de tu propia experiencia.

LELIO.—¿De qué experiencia?

SCIPIÓN.—De la que empleas cuando por acaso te irritas contra alguno.

LELIO.—Me irrito con más frecuencia de la que quisiera.

SCIPIÓN.—Y cuando te irritas, ¿permites á la cólera que domine tu ánimo?

LELIO.—No, á fe mía; imito entonces á Arquitas de Tarento, que al llegar á su casa de campo lo encontró todo al contrario de como lo había mandado. «Desgraciado, dijo entonces al colono, te azotaría si no estuviese encolerizado.»

SCIPIÓN.—Muy bien; luego Arquitas consideraba la ira, al menos la que subleva la razón, como una sedición del alma, y quería calmarla con la reflexión. Considera ahora la avaricia, la ambición, la vanidad, todas las pasiones voluptuosas, y comprenderás que en el ánimo se forma una manera de monarquía que todo lo domina con un solo principio, la razón (puesto que esta es la parte más excelente del alma), y bajo su imperio no queda lugar para las voluptuosidades, para la ira y ciegas pasiones.

LELIO.—Nada hay más verdadero.

SCIPIÓN.—¿Apruebas, pues, un alma dispuesta de este modo?

LELIO.—No puedo menos de aprobarla.

SCIPIÓN.—Luego no aprobarás que, desobedeciendo á la razón, el alma se entregue á sus pasiones, que son innumerables, ó se deje dominar por la ira.

LELIO.—No encuentro nada más miserable que un alma de esa suerte ó un hombre dominado por sus pasiones.

SCIPIÓN.—¿Quieres, pues, que se establezca un reinado en el alma y que todo lo gobierne la razón?

LELIO.—Sin duda.

SCIPIÓN.—¿Cómo, pues, te cabe la menor duda acerca del gobierno que conviene á los Estados, en los que, si se divide el poder, desaparece la soberanía, que no siendo única, no existe?

LELIO.—¿Qué importa, pregunto yo, que el gobierno sea de uno ó de muchos, si en el de muchos reside la justicia?

SCIPIÓN.—Veo que mis testigos no te han convencido mucho, Lelio; así, pues, no invocaré en favor de mi opinión más que tu propio testimonio.

LELIO.—¿El mío? ¿De qué manera?

SCIPIÓN.—Porque, cuando poco ha estuvimos juntos en Formio, te oí decir á tus esclavos que no recibiesen órdenes mas que de una persona.

LELIO.—Sin duda; del colono.

SCIPIÓN.—¿Y tienes tus negocios en Roma en manos de muchos intendentes?

LELIO.—Ciertamente que no; tengo uno solo.

SCIPIÓN.—¿Y toda tu casa la dirige otro que tú?

LELIO.—De ninguna manera.

SCIPIÓN.—¿Y por qué no concedes igualmente que para las repúblicas, el gobierno de uno solo, cuando es justo, es el mejor?

LELIO.—Asiento á ello y opino casi lo mismo que tú.

SCIPIÓN.—Más aún opinarías como yo, Lelio, si dejando aparte las comparaciones de naves y enfermos que deben confiarse á un solo piloto y un solo médico

expertos, antes que entregarles á la dirección de muchos, expongo consideraciones más elevadas.

LELIO.—¿Cuáles son?

SCIPIÓN.—¿Cuáles? ¿no sabes que la crueldad y soberbia de Tarquino hizo detestar á nuestro pueblo hasta el nombre de rey?

LELIO.—Lo sé.

SCIPIÓN.—Luego también sabes que despues de arrojar á Tarquino, embriagado el pueblo con su nueva libertad, se dejó llevar á excesos de que muy pronto te hablaré largamente: siguiéronse destierros de muchos inocentes, fueron despojados considerable número de ciudadanos, el consulado anual, los haces humillados ante el pueblo, la apelación á la multitud, las sediciones de la plebe, y en fin, larga serie de actos que tendían á la soberanía absoluta del pueblo.

LELIO.—Verdad es.

SCIPIÓN.—Y esto sucedió en tiempos de paz y de seguridad. Mientras nada hay que temer, puede permitirse un poco de licencia, como sucede en las naves y hasta en las enfermedades leves; mas cuando el mar se embravece, cuando la fiebre aumenta, pasajeros y enfermos se entregan á mano experimentada: así, nuestro pueblo, en paz y en sus hogares, manda, amenaza á sus magistrados, desobedece sus órdenes, los lleva ante su tribunal; pero en tiempo de guerra les obedece como á reyes, porque el interés de la salvación vence á las pasiones. Más aún: en las guerras importantes, nuestros mayores quisieron que

toda la autoridad quedase reunida en uno solo, cuyo título indicase la extensión de su poder. A éste se le llama dictador, porque le proclama (1) un cónsul; pero véase en nuestros libros, Lelio, que se le llama señor del pueblo.

LELIO.—También lo veo.

SCIPIÓN.—Sabiamente nuestros mayores.....

(*Faltan dos páginas.*) (2).

.....cuando el pueblo ha perdido un rey justo, como dice Ennio, hablando de la muerte de un monarca excelente,

«Conmuévense hasta los corazones más duros, y

(1) *Quia dicitur.*

(2) Esta laguna la llenaba sin duda la continuación del singular elogio que Scipión hace de la monarquía. Tal vez recordaba una tradición que se encuentra en Dionisio de Halicarnaso, según la cual, el pueblo romano había adoptado el gobierno de uno solo cuando Rómulo le propuso elegir entre la monarquía y la república, proposición que, á la verdad, en boca de un vencedor y un guerrero jamás deja la elección completamente libre. Quizá contenía también este pasaje algunas reflexiones acerca de la manera con que los Romanos habían conservado el nombre de rey en distintas ceremonias, y empleado también temporalmente el nombre y la realidad en el orden político, como, por ejemplo, en la creación de aquel *interrex* cuyo poder solamente duraba cinco días, y que estaba encargado en ciertas circunstancias de elegir ó de suplir á todos los magistrados. Por lo demás, independientemente de conjeturas, lo que sigue en el texto es de lo más curioso y bello que se encuentra en autor alguno de la antigüedad.

por todas partes se exclama sollozando: «¡Oh Rómulo, Rómulo divino, padre de la patria dado por el cielo! ¡oh amigo nuestro, Dios tutelar, digno hijo de los Dioses!»

No llamaban héroe ni señor al que les mandó con tanta justicia; ni siquiera le dan el nombre de rey; es la providencia de la patria, es padre, es Dios. Y tenían razón: escucha lo que añadía el pueblo:

«A tí debemos la vida.»

Pensaban, pues, que la justicia del rey daba á los pueblos vida, honor y gloria. Lo mismo hubiese pensado la posteridad si los reyes hubiesen conservado iguales virtudes; pero ves que por la injusticia de uno solo se derrumbó este sistema de gobierno.

LELIO.—Así lo veo, y estudio la marcha de estos cambios tanto en nuestra República como en las demás.

SCIPIÓN.—Cuando haya expuesto por completo mi opinión acerca de la forma de gobierno que me parece preferible, habremos de hablar detenidamente de estas grandes revoluciones de los Estados, aunque no las considero fáciles en la república que yo imagino. Pero el primer peligro á que da lugar la monarquía es la revolución: en cuanto un rey es injusto, desaparece la monarquía, dejando el puesto á la tiranía, que es el peor de los gobiernos y el más próximo al mejor: si la tiranía cae bajo el esfuerzo de los grandes, como sucede casi siempre, la república toma entonces la segunda de las tres formas generales; un

consejo de los ciudadanos principales vela por los intereses del pueblo con solicitud paternal, y que, bajo este punto de vista, tiene algo de autoridad real. Si el pueblo mismo mata ó arroja al tirano, muéstrase moderado mientras impera la razón, y satisfecho de sí mismo, quiera dar consistencia al orden que establece. Pero si el pueblo ha herido á un rey justo, ó, lo que con más frecuencia sucede, ha derramado la sangre de los nobles y entregado la república á sus furiosos, no existe tempestad ni incendio tan terribles que no se calmen con más facilidad que las iras de una multitud desenfrenada.

Sucede entonces lo que Platón describe con tanta elocuencia, y que no sé si podré reproducir en nuestra lengua; pero al menos lo intentaré. «Cuando, dice, el pueblo está devorado por insaciable sed de independencia, y servido por pérfidos aduladores ha bebido hasta las heces la copa de libertad sin mezcla, entonces sus magistrados y jueces, si no son mudos y obedientes, son objeto de ataques, persecuciones y acusaciones terribles, llamándoles déspotas, reyes, tiranos.» Creo que conoces este pasaje.

LELIO.—Me es muy conocido.

SCIPIÓN.—Continúa de esta manera: «El pueblo insulta á los que quieren obedecer á los magistrados, llamándoles esclavos voluntarios; los magistrados, por el contrario, que afectan la igualdad popular, y los ciudadanos que procuran borrar toda diferencia entre ellos y los magistrados, reciben alabanzas y

honores, siendo indispensable que en una república así gobernada, la libertad se derrame por todas partes; que desaparezca toda autoridad en el seno de las familias, y que este contagio alcance hasta á los animales mismos; que el padre tema al hijo, que el hijo no reconozca á su padre y quede proscrito el pudor para que la libertad sea completa; que no exista diferencia entre el ciudadano y el extranjero; que el maestro tenga miedo á los discípulos y les adule, y los discípulos desprecien al maestro; los jóvenes se atribuirán la autoridad de los ancianos; los ancianos tomarán parte en los juegos de la juventud para no serla odiosos é insoportables. Los esclavos se permiten en seguida toda clase de licencias; la esposa se cree igual al esposo, y en medio de esta independencia universal, los perros, los caballos, los asnos, en su completa libertad, retozarán en la vía pública, obligando á que se les ceda el paso. De esta ilimitada licencia resulta al fin que los ánimos se hacen susceptibles y delicados, que se indignan á la primera señal de autoridad y no pueden soportarla, y que poco á poco llegan hasta el desprecio de las leyes para encontrarse completamente libres de toda sujeción (1).

---

(1) Estas ideas y estas frases están tomadas de Platón, pero no literalmente. Parece que Cicerón se limitó á extractar la abundancia de su brillante modelo, y que le comunica cierta severidad templando la viva imaginación del filósofo griego con la expe-



LELIO.—Has reproducido exactamente lo que dijo Platón.

SCIPIÓN.—Volviendo ahora á mi discurso, de esta extrema licencia, considerada como única libertad, el mismo filósofo hace brotar la tiranía como de su fuente natural. El poder excesivo de los grandes acarrea la caída de éstos, y de la misma manera el exceso de libertad lleva al pueblo á la esclavitud. En la temperatura, en los campos, en los cuerpos mismos, las disposiciones extraordinariamente favorables pasan de pronto al extremo contrario. Así sucede más principalmente en los Estados: la excesiva libertad cambia muy pronto en completa esclavitud para los particulares y para los pueblos. De la licencia nace la tiranía, y con ella la esclavitud más injusta y más dura. Ese pueblo indomable y fiero se elige muy pronto entre los grandes, cuyo poder ha caído siendo abolidas sus dignidades, un jefe audaz, corrompido, insolente, perseguidor de los ciudadanos que más meritorios son ante la patria, prodigando al pueblo los caudales ajenos y los propios. Como en su vida privada podría temer por su existencia, se le otorgan mandos y se le prorrogan; en seguida una guardia protege su persona, como á Pisistrato en Atenas, y al fin llega á ser tirano de aquellos mismos

---

riencia de un cónsul romano. Bajo este punto de vista, nada más bello, más expresivo y verdadero que la pintura del tirano popular elevándose del medio de la anarquía.

que le encumbraron. Si cae bajo los golpes de los buenos ciudadanos, como algunas veces se ha visto, el Estado se regenera entonces; si parece víctima de algunos audaces, reemplázale una facción, otra especie de tiranía que á las veces sucede á ese bello gobierno de los grandes, cuando los vicios han corrompido á los que le forman. Así el poder es como pelota que se envían sucesivamente los reyes á los tiranos, los tiranos á los grandes ó al pueblo, éste á las facciones ó á otros tiranos, no teniendo nunca larga duración las formas de gobierno.

Siendo esto así, paréceme que de las tres primeras formas es preferible la monarquía; pero esta misma es inferior á un gobierno que reuna lo mejor que aquellas tienen y amalgame en justa proporción los tres poderes. Gústame que el Estado tenga algo de majestuoso y real, que los grandes tengan influencia y participación en el poder, y que queden reservadas algunas cosas al juicio y decisión del pueblo. Esta forma de gobierno tiene en primer lugar la ventaja de mantener mucha igualdad, beneficio de que no puede estar privado por mucho tiempo un pueblo libre: tiene además mucha estabilidad, cuando las otras siempre están expuestas á continuas alteraciones, la monarquía propendiendo á la tiranía, el poder de los grandes á la oligarquía facciosa, y el del pueblo á la anarquía. Mientras que las otras formas de gobierno se derriban y suceden recíprocamente, ésta, fundada en prudente equilibrio, no

queda sujeta á tales mudanzas, á menos que dominen grandes vicios á los jefes del Estado; porque no existo germen de revolución donde cada cual ocupa su puesto natural y no ve á sus pies vacío donde pueda precipitarse.

Pero temo, oh Lelio, y vosotros mis queridos y discretísimos amigos, que si me detengo más en estos preliminares, mi discurso antes parecerá lección de maestro que libre conversación de un amigo que de parte con vosotros. Por esta razón pasaré á otras cosas que todos conocéis y en las que he meditado desde muy antiguo. Así, pues, reconozco, siento y afirmo que no existe forma alguna de gobierno que por su constitución, organización y reglas pueda compararse á la que nuestros padres nos han trasmitido y nuestros mayores establecieron. Y puesto que queréis oír de mí lo que tan bien sabéis por vosotros mismos, expondré cuál es este gobierno y en qué consiste su excelencia. Presentando nuestra República como modelo (1), procuraré referir á este ejemplar todo lo que he

---

(1) Se ha visto que el pensamiento dominante de Cicerón en esta obra no le impide hacer continuas digresiones acerca de la naturaleza y la forma de gobierno; pero siempre vuelve á la antigua constitución romana, tal como existió en los primeros siglos, ó por mejor decir, tal como la concibe, tal como la supone cuando no existe ya; porque en los trastornos y vaivenes de la política, en un régimen social antiguo hay tanta ilusión como recuerdos. En el tiempo en que Cicerón escribía, después de Mario y Sila, entre los furiosos de Clodio, la dictadura de Pompeyo y la

de decir acerca de la mejor forma de gobierno. Si lo consigo, si alcanzo mi propósito, creo que habré cumplido atinadamente la tarea que me ha impuesto Lelio.

LELIO.—Tarea tuya efectivamente, Scipión, porque á nadie incumbe mejor que á tí. ¿Quién podría hablar de las instituciones de nuestros mayores mejor que tú que descienes de tan noble linaje? ¿Quién puede hablar más autorizadamente de la mejor forma de gobierno, no pudiendo existir la nuestra, que apenas subsiste en la actualidad, sin colocarte en el primer rango? ¿Quién ha de hablarnos de lo que debemos tener en cuenta para lo venidero? Solamente tú, que habiendo libertado á la ciudad de sus dos terrores has asegurado para siempre sus futuros destinos.

---

FRAGMENTOS DE COLOCACIÓN INCIERTA  
DEL LIBRO PRIMERO.

I.

Pero como la patria nos colma de beneficios, y es nuestra madre mucho antes que la que nos da á luz, le debemos mayor gratitud que á nuestros propios padres —(Nonio, v.)

---

próxima usurpación de César, la República Romana que se complace en describir no era menos ideal que la de Platón; y puede añadirse que aun en los mejores tiempos, Roma, agitada constantemente, nunca ofreció en sus leyes ni en sus costumbres la perfección que Cicerón le atribuye.

## II.

No se hubiese encontrado tan floreciente Cartago cerca de seiscientos años, sin un gobierno sabio y fuerte disciplina.—(Nonio, XII.)

## III.

Tienen á fe mía, dice, costumbre y gusto por estas conversaciones.—(Nonio, IV.)

## IV.

Ciertamente, dice Cicerón, todas las teorías de éstos, aunque contienen los gérmenes de la virtud y el saber, puestas en comparación con los hechos de los hombres activos, parecerán, mucho lo temo, menos útiles para los negocios públicos que agradables para los momentos de descanso. —(Lactancio, *Instit.* III, 16.)

---